

en los retablos, de los que se hizo una verdadera invasión en todos los templos del país.

Podemos decir de este retablo que es una magnífica obra, sin estridencias ni extravagancias exageradas, a las que tanto se presta el barroco.

LOS ESTILOS DE LA IGLESIA

Son varios los estilos mezclados en su construcción y, ninguno de ellos son técnicamente puros. Ni el románico de que se habla es tal románico, ni es perfecto el Renacimiento, ni tampoco el gótico —que parece se aprecia más en nuestra iglesia—, excepción hecha de la puerta oeste, perteneciente a la antigua y primitiva parroquia, cuya puerta sí que es pura, auténtica y muy hermosa, por cierto, por razón de ser bastante anterior al resto de la fábrica que se construyó adosada a ella.

Como queda apuntado, la terminación o suspensión de esta obra coincidía, más o menos, con el fin de siglo. Si tenemos en cuenta que allá por la mitad del siglo XII empezaba a decaer el estilo románico, poco puede haber de este estilo en nuestra iglesia —únicamente las pequeñas ventanas de las capillas, sin llegar a la perfección, y un poco la torre vieja—. Mientras, se iba imponiendo, poco a poco, el gótico, que empieza a perder vigencia a mediados del XV; estando ya decadente en los principios del XVI.

Nuestra iglesia de San Blas se construía por aquel tiempo, por lo que no es extraño que en estos períodos de transición se encuentre cierta confusión en los estilos. En aquellos años no existía en el país una tendencia dominante —se construía gótico, plateresco, renacentista, etc.—, dando como resultado estos conjuntos mixtos; sin que por esto pierda méritos la obra.

También tiene elegancia nuestra iglesia, pues si sus estilos no son de una depurada autenticidad, sí lo son sus proporciones. Ahí queda la altura de sus majestuosas bóvedas.

Esta ligera idea que aquí damos de la importancia de nuestro primer templo parroquial sólo pretende servir de ayuda para que sepamos apreciar el valor de esta obra que nos fue legada en pretéritos tiempos.

Calpe

El agua bendita

(anécdota en La Mancha)

Fue una mañana clara de primavera, en Villarrobledo, de cielo despejado; de esas en que aparece el cielo azul hecho para La Mancha, y La Mancha para recreo del azul del cielo. La luz pintaba campos y tejados; el aire se introducía por puertas y ventanas y ayudaba a las amas de casa al oreo de las moradas.

Llegué a la Plaza Vieja. Hermosa plaza. Hermoso Ayuntamiento. Y San Blas. El templo de San Blas, inacabado, pero espléndido; una vez más sinfonía incompleta de arte; pero, en definitiva, lugar donde el volumen, el espacio cerrado y la inspiración del hombre en la piedra, le dicen al viajero: entra, descansa, eleva tu corazón.

Y entré en San Blas. Estaban barriendo la iglesia. Tomé agua bendita, recé un poquito, y me puse a mirar. ¡Hay tanto que ver por allí!

En esto, una mujer de la limpieza, señora trabajadora del llano, servidora de la Casa de Dios, se pone a mi lado. Y me dice:

—*Me ha dado alegría que tome usted agua bendita.*

—*¿Por qué?* —le digo.

—*Ahora, apenas la toma un hombre* —me contesta.

Hablamos la buena mujer y el viajero. Hablamos de que el agua bendita hay que llevarla en el corazón; de que el agua bendita, sin amor y justicia, es como un grito que nadie oye, o como una canción que nadie entiende. Y tomamos juntos, de nuevo, el agua bendita y nos santiguamos por amor a Villarrobledo.

Le dije que nací el día de San Blas, y le pregunté cómo se llamaba.

—*Caridad* —fue la respuesta—. *Como se llama la Virgen de Villarrobledo.*

Anduve un buen rato las hermosas calles del lugar. Me fijé en sus gentes. Hablé con algunas, que este viajero no es extraño allí.

Y cuando me marché, paré el coche a un kilómetro de la salida.

Volví los ojos a San Blas, aspiré la inmensidad del llano cuajado de espigas y vides.

Recordé a Caridad. Quizás fuera un ángel en forma aparente de mujer. Pero no; era más que un ángel. Era una mujer que se llamaba Caridad y tenía caridad; era la ternura, la sencillez y el amor. Y me acordé de mi madre.

García Carbonell